

Lo masculino no es ninguna esencia, el varón nace y el hombre se hace. Las características que solemos identificar como masculinas no son innatas, sino consecuencia de un proceso de socialización que pretende relaciones de dominación entre los sexos. La identidad o mejor dicho, la condición masculina es por tanto un producto social. Las diferencias observables entre mujeres y hombres se deben fundamentalmente a la socialización, que es la encargada de fomentar o reprimir las actitudes e intereses que se considera adecuados a cada sexo.

Los hombres son una parte de la humanidad pero han venido presentándose como modelo de toda ella, evitando de esta forma la necesidad de que ellos o su poder se vean cuestionados. Esta situación explica porqué para muchos, ser hombre sea ser importante, y para todos suponga privilegios.

Fluxes del kaudz



Ediciones

HABLEMOS SOBRE MASCULINIDAD



nuestro conflicto es un espacio para que nuestras posibilidades puedan florecer. Estamos construyendo un nuevo mundo de motín, orgía, y la decadencia mediante la organización de nuestro universo secreto de la abundancia compartida y la posibilidad explosiva.



Introducción a esta edición

Se decide reeditar este texto enfocándose en una radical crítica al género masculino al que también yo pertenezco y a cual rechazo y me pongo en constante tensión muchas veces quizás llegando a ser cómplice involuntario o voluntario de estas actitudes. Por ello considero afianzar y solidificar nuestras acciones y pensamientos antiautoritarios pero también así alejarlos tanto del victimismo como del protagonismo. Por ello añadimos al texto un bonus track, en relación al anexo del frente de liberación homosexual.

Creo importante afianzar y compartir estos textos como siempre desgranarlos analizarlos, e ir poniéndole en práctica aplicarnos la crítica no solo al exterior, si no que primeramente y creo que la más importante y difícil de todas: afilar la crítica hacia nuestro interior, autocriticarnos una y otra vez.

Muchas veces en nuestro entorno o en donde vayamos somos conscientes de aquellas expresiones, gestos, actitudes machistas que tan impregnada están en esta sociedad patriarcal. Pero es también jodidamente cierto ver estas mismas actitudes en espacios o personas que a su vez dicen ser revolucionarios, activistas, etc etc.

Mucha vez quizás puedan darse excusas como "no fue mi intención" "no lo hago con ese sentido". Pero la cuestión es más profunda y es eliminar por completo todos esos vestigios y macropartículas que siguen sosteniendo este sistema.

-Invierno 2013 Flores del Kaoz Ediciones-
LA PROPIEDAD ES UN ROBO PIRATEA Y DIFUNDE!

Introducción a la edición de: Deconstruir

El presente material se propone abrir interrogantes, motivar búsquedas, sembrar iniciativas. Se trata de una recopilación de textos que intenta servir como disparadora para el cuestionamiento de lo masculino ¿Qué es ser hombre? ¿Existe la esencia masculina? ¿Qué conlleva nacer varón?

Observar como la genitalidad de los individuos determinara el rol social a desempeñar. Comprender que socialmente se condiciona al varón desde su nacimiento para que este responda al modelo sexo/genero que impone el patriarcado, Descubrir que en este proceso se nos expropia una parte de nosotros mismos.

Hacer visibles los beneficios que se le otorgan al varón en una sociedad que responde a sus deseos necesidades, en una sociedad machista. Poder visibilizar entonces la violencia cotidiana que ejerce sobre quienes no conciben con el estereotipo de genero dominante, es decir sobre mujeres, homosexuales, transexuales, intersexuales, travestis.

Tomar conciencia del lugar que ocupa el varón en una sociedad patriarcal, comenzando por hacernos cargo, para luego desarticularlo en la cotidianeidad. Porque practicar o consentir la masculinidad hegemónica es perpetuar la desigualdad. No hacer nada al respecto es seguir haciéndolo todo igual. Suponer que es irrelevante o postergable es reafirmarse en la violencia ejercida.

Nuestros deseos producen el conflicto con el capital. Y quizás en este conflicto hemos encontrado un guía de escape de la amortiguación de nuestras vidas. El discurso de nuestra pandilla es el conflicto.

La potencia expresada en nuestros delitos no se encuentra en el daño que les causa a nuestros enemigos, ni en el mejoramiento de nuestras condiciones materiales (aunque, claro que tomamos gusto en ambos). Nuestro poder se encuentra en las relaciones y las potenciaciones que estamos realizando. Las posibilidades de nuestras afinidades se hacen aún más amplias en nuestro sexo y en nuestro ataque--cuando nos quitamos las máscaras y compartimos nuestros ladrillos. En estas posibilidades estamos aprendiendo cómo podríamos hacer escombros de este mundo.

Debemos hacernos cuerpos sin órganos. Cada persona esta llena de potenciales--nuestros deseos, afectivos, poder, costumbres, y posibilidades infinitas. Debemos de experimentar con las maneras en que nuestros cuerpos actúan en conjunción con otros para poder encarnar y activar estas posibilidades. Juntos cometemos delitos para poder desvelar nuestro devenir criminal.

Nuestra intención no es ofrecer 'criminal' y 'queer' como identidades o categorías. La criminalidad y lo queer son instrumentos para luchar contra la identidad y la categoría, son nuestras líneas de fuga del control. Estamos en conflicto con todo lo que intenta limitar cada uno de nuestros deseos. Llegamos a devenir cualquiera y lo único que tenemos en común es el odio que le tenemos a todo lo que existe. Y si se mantienen en común, nuestros deseos rebeldes nunca prodran ser asimiladas por el Estado.

Los conservadores invocan la imagen de una 'guerra entre culturas' llevada a cabo por la sociedad civil en un lado y lxs queers en el otro. Nosotrxs rechazamos este modo de guerra. Nuestra guerra es una guerra social. Si, el nexo de la domiciliación y del sistema de clases se encuentra por todos lados, pero nuestro alrededor también esta lleno de rupturas y puntos de conflicto contra esta sociedad.

Nuestra charla indecente y nuestros susurros nocturnos comprenden nuestra propia lengua secreta. Nuestro idioma de ladronxs y amantes es ajeno a esta sociedad, pero para lxs rebeldes es el sonido más bello. Nos revela nuestro potencial para construir mundos. Porque

vivir como si cada día es nuestro final. En turno, prometimos que los días de esta existencia están contados.

Estamos desarrollando un modo de jugar con nuestra revuelta. Estos son nuestros experimentos con la autonomía, el poder, y la fuerza.

No hemos pagado por cualquier cosa que llevamos puesto y rara es la ocasión que pagamos por nuestra comida. Robamos de nuestros trabajos y puteamos para poder seguir viviendo. Compartimos consejos y estafas entre chismes y caricias sexuales. Saqueamos hasta la madre a las tiendas y nos encanta compartir el botín. Por la noche hacemos todo un desmadre en la calle y saltamos, a mano, hasta la casa. Siempre estamos desarrollando nuestras estructuras de apoyo informales y siempre apoyaremos a nuestros amigos. En nuestras orgías, nuestros disturbios, y atracos, queremos articular la colectividad de estas rupturas y a la vez hacerlas más profundas.

SOBRE LA INTIMIDAD CRIMINAL, EL CREANDO-MUNDO Y DEVENIR CUALQUIERA

Las sensaciones eléctricas y extáticas causadas por el crimen son innegables.

Hemos sentido la dulce torrente de adrenalina mientras pasamos con prisa al guardia de seguridad y cuando cojemos en el autobús. Y lo único que nos ofrece la oportunidad de vivir son los martillazos a las estructuras del capital. De hecho el crimen me motiva a salir de la cama cada mañana.

Nosotros, la gente queer y lxs insurgentes hemos desarrollado lo que se llamaría una intimidad criminal. Estamos explorando la solidaridad material y afectiva fomentada entre rebeldes y bandidxs. Con cada ley que quebramos juntxs, descubrimos ilegalmente la belleza entre nosotros mismos. Al revelar nuestros deseos a nuestros compañeros criminales, hemos llegado a conocernos el uno al otro en una manera más íntima que jamás podría ofrecernos la legalidad.

El hombre como universal

No es de extrañar que la lengua española utilice la misma palabra para designar al macho y al ser humano, en caso de confusión es sólo cuestión de aclarar si se escribe con mayúscula o minúscula. El hombre (*varón*) se asume como universal (*El Hombre*).

Se considera como el representante más logrado de la humanidad, como el criterio que sirve de punto de referencia. Dos enfoques aparentemente diferentes sobre el dualismo de los sexos dividen el pensamiento occidental: el que privilegia el modelo de la semejanza y el que cree en una oposición. En ambos casos se establece la superioridad del hombre sobre la mujer.

Hasta principios del siglo XVIII el pensamiento estuvo dominado por el modelo unisexo; ser hombre o mujer hacía referencia a una posición jerárquica, a un lugar en la sociedad, a una función cultural, y no a un ser biológicamente opuesto al otro. La mujer comprendida como un sujeto esencialmente masculino, que se diferenciaba por poseer sus órganos genitales al interior del cuerpo y no al exterior. Este modelo de unicidad sexual trajo consigo un dualismo cualitativo en el que el hombre ocupaba el polo luminoso. La mujer se medía con respecto a “la perfección masculina”, y puesto que su sitio era contrario al del hombre, era menos perfecta.

A fines del siglo XVIII, diversos pensadores insisten en la diferencia radical de los sexos, basados en los últimos descubrimientos biológicos. De la diferencia de grado se pasa a la diferencia de naturaleza. Esta vez es el cuerpo el que aparece como real y sus significaciones culturales como derivadas de él. La biología se convierte en el fundamento epistemológico de las prescripciones sociales. La heterogeneidad de los sexos impone destinos y derechos diferentes. Los hombres y las mujeres se mueven en dos mundos distintos. Ella reina en su hogar, preside la educación de los hijos y encarna la ley moral. A él le queda el resto del mundo, la esfera pública pasa a ser su elemento natural. Muchos ven en esta dicotomía de los mundos masculino y femenino el cumplimiento de un ideal: los sexos se complementan y hacen posible la armonía entre el hombre y la mujer. Pero este hermoso discurso ideológico, tan conveniente para los hombres, ya que mantiene a las mujeres fuera de su territorio, oculta una realidad menos democrática. El hombre sigue

siendo el criterio a partir del cual se mide a la mujer. Él es el uno, la mujer es la otra. El hombre se seguirá presentando como el ejemplar más logrado de la humanidad, el absoluto a partir del cual se juzga a la mujer.

El pensamiento tradicional, al considerar al hombre como la norma humana, excluye sistemáticamente de sus consideraciones lo que se refiere al género masculino en particular. La invisibilidad del género masculino ha contribuido a su identificación con lo humano.

El macho es tan sólo una parte de la humanidad y la masculinidad un concepto relativo, puesto que sólo se define con respecto a la feminidad.

Masculinidad y feminidad son construcciones relativas que se hacen partiendo de una lectura homogeneizadora de los cuerpos de varones por un lado y mujeres por el otro; la construcción social de la masculinidad o de la feminidad sólo tienen sentido con referencia al otr@. Lejos de poder ser considerada como un absoluto, la masculinidad es relativa y reactiva. En cuanto cambia la feminidad se desestabiliza la masculinidad.

El sistema sexo/género, la desigualdad normalizada

El modelo de género, como modelo que estructura a cada una de las personas que nacen y se desarrollan en nuestra sociedad.

Testículos, pene, varón, hombre, celeste, fuerte, valiente, racional, invulnerable, *superior*.

Vagina, clítoris (sí! El clítoris existe, y es el órgano sexual femenino), rosa, delicada, sumisa, complaciente, sensible, débil, *inferior*.

Pareciera que una simple diferencia anatómica podrá definir el porvenir de un ser humano; determinar sus conductas, sus anhelos, sus fortalezas y debilidades. En fin, su genitalidad podrá determinar el rol social que deberá cumplir; y en caso de no corresponderse en su totalidad con alguno de estos estereotipos (intersexualidad) bastara con una, o varias, intervenciones quirúrgicas para que aquella persona tenga su lugar en el sistema de sexo/género. Entonces, dentro de estos cánones tendrán que desarrollarse

hecho más claro: el hetero-capitalismo, esta cultura, esta totalidad quiere acabar con nosotros.

TOMANDO Y COMPARTIENDO: SOBRE OBTENIENDO LO NUESTRO

La maquinaria de control ha ilegalizado hasta nuestras propias existencias. Hemos aguantado la criminalización y crucifixión de nuestros cuerpos, nuestro sexo, nuestros géneros rebeldes. Nos han detenido en sus redadas, y nos quemaron por ser brujxs. Nosotrxs hemos ocupado el espacio de los desviados, de las putas, de los pervertidos, y las repugnosas. Esta cultura nos ha vuelto criminales, y por supuesto, nosotros hemos dedicado nuestras vidas al crimen.

Hemos descubierto los placeres de la vida criminal en la criminalización de nuestros placeres! Cuando nos ilegalizaron por ser quienes somos descubrimos que si somos pinches bandidxs!

Muchos culpan a lxs queers por la decadencia de esta sociedad---esto nos llena de orgullo. Otros creen que queremos hacer trizas esta civilización y su tejido moral, y ellos tienen toda la razón. A menudo nos llaman depravadxs, decadentes y asquerosxs, pero ni siquiera hemos empezado!

Seamos explícitos: Somos criminales queer y anarquistas, y este mundo no es suficiente para nosotrxs y nunca lo será. Queremos aniquilar la moralidad burgués y dejar este mundo en ruinas. Estamos aquí para destruir lo que nos está destruyendo.

Hay que hablar de la revuelta. Estamos averiguando las raíces de nuestra criminalidad queer y trazando el deceso de la orden social.

Y ahhh que ricos son nuestros alimentos: piratas lesbianas navegando como tormentas por todo el mar, amotinadxs queer quemando a carros policiales, orgias dentro de la decadencia del industrialismo, ladronxs luciendo triángulos rosados, redes de apoyo mutuo entre lxs putxs, raterxs, y pandillas de maricxs que madrean a sus agresores. Nos han asegurado que cada día podría ser el último, así que hemos decidido

INTIMIDAD CRIMINAL

SOBRE LO MUERTO

Para vivir en esta cultura unx tiene que permanecer muertx, vacíx.

El estado sin vida es el afecto y la aspiración de la membresía social dominante. Es la relación social en que la vida es reducida al intercambio y el capital. No hay escape, se encuentra en cada persona caminando por la calle esquivando la mirada de otrx, en los intercambios del sector terciario, en las naves del gran almacén y en los bancos de la iglesia. En el capital, en la heteronormatividad, en las leyes, en la moralidad--la lógica de la muerte es la totalidad.

El tabú de nuestros deseos se reitera una y otra vez. El poder y control están escritos en nuestros cuerpos. Que es la pasión? el deseo? la aventura? el jugar? Qué, sino solamente lemas pegadizas para anuncios? Nuestro amor y nuestros apetitos y hasta nuestros meros cuerpos están inscritos con esta cultura. El capital está escrito en nuestros cuerpos. No nos atrevemos a sonar. Honestamente, cómo podríamos querer mas que todo esto?

Y los agentes y los esfuerzos del biopoder--las botas de nuestros golpeadores, las cámaras de videovigilancia panopticales con sus malditas luces azules, las sirenas y pistolas de la policía, las campañas para el matrimonio gay y para los derechos de los soldados homosexuales, en los dolores persistentes de la monogamia, y los maniqués con sus fi guras tan perfectas, ad nauseam--están erectos por todos lados, parados como puntos de control garantizando la imposibilidad de cualquier otra cosa. La vida, destripada, no es nada más que la sobrevivencia pura--banal, fría, y paralizada. No hay un

cada una de las individualidades, responder medianamente a alguno de los dos modelos para poder desarrollar una vida en aparente normalidad y armonía.

Absurdo sería negar la diferencia social existente entre el ser hombre y el ser mujer; absurdo sería negar que casi divinamente se le han atribuido comportamientos, funciones y roles sociales a cada uno de los sexos, por separado. Ni la naturaleza, ni la genética, ni dios todo poderoso; la misma sociedad patriarcal/machista, de la cual luego formaremos parte activa, es quien determina desde un comienzo nuestro lugar en el sistema sexo/genero; continuamente reprimiendo aquellas "iniciativas que no son propias de nuestro sexo", alentando el desarrollo de aquellas "conductas que se corresponden con nuestra genitalidad". Es así como finalmente el entorno social (la familia en un principio, el resto de la sociedad luego) terminara haciendo de nosotros hombre o mujeres, fuertes o débiles, dominantes o sumisas. Y pobre de aquella mujer que se cuestione su inferioridad, su complementariedad masculina, su rol de sumisión; toda una sociedad le recordara que su lugar es el de objeto, su mirada debe estar baja y su voz en silencio.

Y ahora corresponde hacernos la pregunta ¿Qué rol desempeño como hombre? ¿Qué lugar me ha tocado ocupar al nacer varón? ¿Cómo me han estructurado? ¿Cómo me he construido? Sin duda, nos hemos hecho acreedores de todos y cada uno de los privilegios que le corresponden al varón, en una sociedad machista. Privilegio como sinónimo de desigualdad; y toda desigualdad esconde un beneficiado y un perjudicado.

Si el hombre es quien gana, la mujer es quien pierde.

El hombre como sujeto: para él los espacios públicos, el desarrollo a nivel personal, la inteligencia, la capacidad creadora, la racionalidad, la fuerza. Su palabra como mandato, como incuestionable. Su cuerpo como invulnerable, sólido, nunca violentado.

La mujer como objeto: para ella el espacio privado, oculto, su individualidad postergada por el cuidado de la familia, la sensibilidad y las emociones, la fragilidad. Su palabra como susurro, casi irrelevante, muchas veces ausente. Su cuerpo como objeto, destinado a satisfacer sexualmente al hombre, expuesto continuamente a las miradas, voces y abusos masculinos.

El hombre construido como primario, la mujer como secundario; aparentemente es así como los sexos se complementan (¿?). El rol femenino estructurado para preservar la superioridad del hombre; el hombre estructurado para preservarse primario y mantener a lo femenino en su lugar, la inferioridad.

Él en su trabajo, ella limpiando la casa; él con sus amigos, ella con l@s niñ@s; él con el derecho a opinar sobre el cuerpo/objeto femenino, ella expuesta constantemente en el afuera (aquel lugar que no le corresponde); él consumidor de prostitución, ella cosificada, una vez más, cumpliendo su función complementadora del masculino. Así es como deben darse las cosas.

Y así como esta identidad nos ha dotado de la magnificencia del ser masculino, también nos ha enseñado a desterrar nuestras emociones y mutilar nuestro cuerpo. Porque el verdadero hombre no llora, no desespera, no siente dolor (y cuando lo siente no lo dice), nunca deja de mostrarse avasallante, violento, duro. El verdadero hombre es contención y raciocinio para con la mujer (ella siempre tan débil y vulnerable física y psicológicamente). El cuerpo del hombre siempre resistente, su genitalidad todopoderosa, sus zonas erógenas se reducen a su pene y testículos, el resto del cuerpo como una herramienta funcional.

El rol masculino como construcción social, la masculinidad como dominante y superior.

Una construcción que se fuerza desde el exterior y luego se hace propia.

El modelo sexo/género nos posiciona en un lugar particular, nos corresponde el rol social dominante, violento, opresivo. Nos convierte en ejecutores de una violencia cotidiana que muchas veces se hace invisible.

Corresponder al modelo masculino hegemónico del patriarcado (en nuestra sociedad, "ser todo un hombre") es mantener a todos aquellos individuos que no responden a los cánones de masculinidad (mujeres, homosexuales, travestis, transexuales) en un lugar de inferioridad, expuestos continuamente a una violencia que asegura la supremacía masculina.

El sistema sexo/género se sostiene por la participación activa, o complicidad, de cada uno de nosotros, hombres, machos, padres de familia, hijos, sobrinos, hermanos, estudiantes, trabajadores, burgueses, capitalistas, socialistas.

No hacer nada al respecto, es seguir haciéndolo todo igual. Suponer que es irrelevante o postergable es reafirmarse en la violencia ejercida sobre lxs otrxs y sobre nosotros mismos.

Tomar conciencia del lugar que ocupa el varón para desarticularlo con nuestro hacer cotidiano. Correr del rol dominante, aprender a construirnos por fuera de los modelos machista que nos ofrece el patriarcado. Dejar de ejercer la mutilación sobre nuestros cuerpos y sentimientos, para redescubrirnos.

parece interesante e importante recatar su aporte y reivindicar sus prácticas, las cuales consideramos innovadoras para su momento histórico.

Segunda: El texto fue intervenido explícitamente porque en él no sólo vemos cuestiones para reivindicar, sino también reproducción de prácticas machistas e invisibilizadoras (que hasta el día de hoy forman parte de las prácticas de un amplio sector del movimiento gltttbi). Hemos encontrado que el texto original no consideraba en ciertos pasajes a las mujeres, y tendía particularmente a excluir de sus consideraciones a las lesbianas. Nos ha parecido importante hacerlas visibles y reconocerlas como sujeto violentado en el sistema opresor machista; así como también hacer referencia al condicionamiento que recae sobre el cuerpo de las mujeres y su sexualidad. Creemos que la exclusión de la mujer en el discurso no hace más que seguir invisibilizando la violencia que sobre ella se ejerce.

Nos proponemos rescatar aquellas experiencias militantes de las cuales no se hace referencia alguna; aquellas experiencias que por no ser funcionales a los sectores presuntamente revolucionarios parecieran no haber existido. Recuperar el aporte de estas prácticas, animándonos a ser críticos con ellas y aportar con nuestros puntos de vista.



político desde la cuna por la sociedad en que el individuo nace. La política es algo que se ejerce en todos los momentos de la vida cotidiana y que se trasluce en todas nuestras elecciones, por ínfimas que sean. También por ende el cuestionamiento revolucionario de la sociedad de dominación debe extenderse a todas sus esferas de actividad. Una praxis revolucionaria que no ponga en tela de juicio la moral burguesa, la está aceptando objetivamente y perpetra por un lado lo que pretende destruir por el otro. La desintegración de la vida privada y la acción política posibilita además que muchas personas, después de largos períodos de militancia, sean recapturadas por la burguesía a través de la formación de una familia, de la construcción de un hogar y de la crianza de los hijos.

El F.L.H. es una organización no verticalista ni centralista de homosexuales— en la que también pueden participar los heterosexuales que renuncien a sus privilegios—que se ha abocado a la tarea de integrar las reivindicaciones específicas del sector homosexual al proceso revolucionario global. Es un movimiento anticapitalista, antiimperialista y antiautoritario, cuya contribución pretende ser el rescate para la liberación de una de las áreas a través de la cual se posibilita y sostiene la dominación de la mujer y el hombre por el hombre, en el convencimiento de que ninguna revolución es completa, y por lo tanto, exitosa, si no subvierte la estructura ideológica íntimamente internalizada por los miembros de la sociedad de dominación. Somos conscientes que el sistema maneja amplios sectores del pueblo valiéndose de la moral, o sea, de mentiras interesadas. Somos conscientes de que el pueblo mismo abandonará sus prejuicios, que constituyen una traba concreta para el desarrollo revolucionario, en la medida que nosotros, los homosexuales, formemos parte activa y militante de una lucha que es también nuestra. Llamamos a los homosexuales, a las mujeres, a los verdaderos revolucionarios a realizar el esfuerzo que supone cuestionar las pautas originadas en el sistema de explotación, a fin de recuperarnos a nosotros mismos como actores eficientes de una revolución sin retrocesos.

NOTA:

Los fragmentos subrayados del texto han sido modificaciones posteriores realizadas por nosotrxs a la hora de editar el presente material de lectura.

Del anexo anterior destacamos principalmente dos cuestiones.

Primera: Decidimos incluir el anterior anexo en esta publicación con el objetivo de rescatar prácticas políticas surgidas de un planteo alternativo y de ruptura con la izquierda tradicional. En el texto creemos que se deja ver una problematización de la sociedad no sólo clasista sino también atravesada por cuestiones de género y sexualidad. Consideramos que en él se que tienen en cuenta opresiones que exceden lo meramente económico y que desde la izquierda tradicional —cuadrada y alienante— se consideran como irrelevantes (claramente Marx no era ni mujer, ni puto). Nos

La sociedad como escuela de masculinidad

Aprendiendo que «el mundo de la mujer es la casa y la casa del hombre es el mundo».

De acuerdo con este guión socialmente determinado, los varones juegan a ver quién es el más fuerte y audaz; quién es el más hábil y valiente. Es decir, aprenden a jugar a «ser hombres» y se supone que todo ello afianza la masculinidad tal como nuestra sociedad la percibe.

A las niñas, por su lado se les induce a jugar a ser madres, condición fundamental para ser una “mujer completa”, y se les proveen los implementos necesarios — muñecas, ollitas y planchas diminutas — que les permiten desempeñar el papel que se les asigna para beneficio de la comunidad en su conjunto: el de amas de casa, esposas y madres.

Llegada cierta edad, a los varones se les impide expresar ternura, cariño, tristeza o dolor, todas expresiones de humanidad, y les permitimos solamente la ira, la agresividad, la audacia, y también el placer, como muestras de la masculinidad ideal. Es así como construimos el «macho» castrado de su sensibilidad y en buena parte de su amor y con un comportamiento caricaturesco en su agresividad.

En las niñas, por el contrario, se les reprime las manifestaciones de agresividad, de ira, y también de placer, y exaltamos las de ternura, dolor y sufrimiento. Es así como construimos la mujer «víctima», sufrida, abnegada, desprovista de audacia y caricaturizada en las expresiones de tristeza y dolor.

Los hombres sienten tanto como las mujeres, pero aprenden a ocultar sus sentimientos, a través de un acondicionamiento potente y a menudo violento, desde los años formativos que determinan la conducta humana.

Con el establecimiento del patriarcado se le ha robado a los niños la posibilidad de la ternura.

Ritos de iniciación, la prueba de lo masculino

Es el progenitor, o cualquier otro hombre (o grupo de hombres) que encarne la imagen paterna, el encargado de llevar a cabo el proceso de diferenciación masculina. Esto es, ayudar al niño a transformar su identidad en una identidad masculina que responda a los criterios de masculinidad socialmente aceptados. Estos procesos tienen por objeto ayudarle al joven a cambiar su estatus y su identidad para que pueda renacer como hombre.

En el sistema patriarcal los hombres han utilizado diferentes métodos para hacer del niño un hombre “de verdad” a costa de grandes sacrificios. Y si bien los ritos de iniciación masculina son diversos, podemos encontrar elementos comunes en cada uno de ellos.

La idea de que existe un umbral crítico que se debe superar. Al llegar la preadolescencia, el muchacho debe abandonar por completo la infancia ambigua e indiferenciada, para convertirse en un hombre. Se necesita de un proceso educativo, es decir, es a través de una fabricación voluntaria como se llega a ser hombre. Podríamos preguntarnos entonces ¿Qué pasaría si no se forzara a la masculinidad?

Otro elemento común es la necesidad de pruebas. La masculinidad se logra a cabo de un combate contra uno mismo, que con frecuencia implica dolor físico o psíquico.

Los deportes colectivos, adquieren también un desarrollo excepcional y una importancia que aún se mantiene. Puesto que motivan la competencia, la agresión y la violencia, son uno de los campos elegidos para la iniciación a la virilidad. Es el campo de juego en donde el preadolescente obtiene los galones de macho.

Es allí donde demuestra públicamente su indiferencia al dolor, el dominio de su cuerpo, su resistencia a los golpes, su voluntad de ganar y de aplastar a los demás.

Donde prueba, en síntesis, que no es un bebé ni una niña ni un homosexual, sino un “verdadero macho”.

reproducirá automáticamente después de un proceso revolucionario que sólo altere las esferas política y económica.

Nuestro Movimiento surge como una organización de homosexuales de ambos sexos que no están dispuestos a seguir soportando una situación de marginación y persecución por el solo hecho de ejercer una de las formas de la sexualidad. Como hemos pretendido demostrar, esta persecución tiene una raíz netamente política. El sexo mismo es una cuestión política. En esa medida, la liberación que postulamos no puede tener lugar dentro de un sistema económico de dominación, tal como lo es el capitalismo dependiente argentino. Pero partiendo de nuestra propia marginación, cuestionando desde allá a la sociedad sexista, llegamos a un cuestionamiento global de la sociedad. Lxs homosexuales somos un sector del pueblo que padece una forma de represión discriminada y específica originada en los intereses mismos del sistema, e internalizado por la mayoría de la población, incluso por algunos sectores pretendidamente revolucionarios. En ese sentido, permanecen intactas muchas de las formas del prejuicio antihomosexual, disfrazadas a veces de críticas políticas. Por ejemplo, se plantea a título de objeción que la homosexualidad es un producto del capitalismo decadente. Sin embargo, sociedades ni capitalistas ni decadentes, como la incaica la practicaron y alabaron. Hemos visto ya, además, que la libido humana original no desdeña ninguna de sus posibilidades. Detrás de ese planteo se oculta la incapacidad para formular un orden nuevo, una cotidianeidad verdaderamente revolucionaria.

Otra objeción es que el F.L.H. es un movimiento sectario, en tanto que no se integra a los movimientos de liberación política. La razón es muy simple: a nosotrxs, como a todxs lxs marginadxs, no nos va a defender nadie, salvo nosotrxs mismxs. En realidad, el argumento es falaz: en los hechos quienes nos marginan son ellos. Algunos planteos tienden a considerar como contradictorio el hecho de que mientras postulemos la liberación sexual, nos organicemos como un grupo de homosexuales.

Hacerlo de otro modo significaba disolver nuestra opresión específica, olvidando que sobre nosotrxs pesa una condena explícita. Lxs oprimidxs específicamente por el sexismo en el seno de esta sociedad capitalista somos lxs homosexuales y las mujeres; y los varones heterosexuales adquieren objetivamente, socialmente hablando, el carácter de grupo opresor. Por supuesto, este carácter de opresores no es elegido libremente por ellos sino que les es culturalmente impuesto por la sociedad de dominación.

Existe un evidente desfasaje entre la política como actividad externa, social, y la política como actividad privada, individual, interna. La ideología no es sólo una superestructura intelectual montada sobre las bases afectivas del ser humano, sino que esas bases afectivas están estructuradas en un sentido

las que aseguran así que lxs individuos sometidos a su imperio sufrirán un proceso de socialización (la «educación») destinado a proporcionarles dóciles en forma continuada.

Pero esta no es la totalidad del sistema de opresión machista. Aquellxs individuos que no cumplen con el rol sexual establecido, lxs homosexuales, son vividos como un máximo peligro por este sistema, en tanto que no sólo lo desafían, sino que desmienten sus pretensiones de identificarse con el orden de la Naturaleza. La desexualización del cuerpo humano es obra de la cultura. En el caso del varón, ella multa el coito anal pasivo, la utilización del ano como zona sexual a pesar de que éste está rodeado de terminaciones nerviosas eróticas. También están fuertemente censuradas las tetillas masculinas, a pesar de ser áreas erógenas, por su sola semejanza a la anatomía femenina. En el caso de la mujer, multa las prácticas sexuales no vaginales. Desde el punto de vista patriarcal, el sexo vaginal sería el correcto mientras que el sexo clitórico sería inmaduro e incorrecto siendo que el clítoris es el centro fisiológico del placer. Los cuerpos, sexualmente hablando, quedan reducidos a los órganos genitales, mientras que la sexualidad simplificada al coito. Para esto importa aplicar categorías teológicas a la sexualidad humana, y es en tal intento donde debemos ver la enfermedad de la cultura. Si el sexo tiene alguna función es la de unir a lxs seres humanos en formas constantemente renovadas y creativas. Lo contrario significa reducir al sexo a una sola de sus posibilidades—la reproducción. Es por eso que la cultura machista necesita calificar a lxs homosexuales de «degenerados», «enfermos», «anormales», «delincuentes ». En realidad, lxs homosexuales reivindican, de hecho, las posibilidades plásticas inherentes a la libido humana, que el sistema de dominación sexista se empeña en mutilar. Es el proceso de socialización alienado el que introduce la separación entre lo bueno y lo malo, la culpa y la mala conciencia. Esta desigual repartición de poder sexual en favor de los varones heterosexuales se refleja en una poderosa ideología (internalizada compulsivamente por los miembros de nuestra sociedad): quienes violan sus leyes—algunas escritas y otras no, pero totalmente efectivas y vigentes—no reciben sólo una sanción moral, que sería la culpa, sino que son penados a través del propio aparato represivo del Estado. Lxs homosexuales son los chivos emisarios de la represión sexual, sobre lxs cuales recaen los castigos más severos e inmediatos.

El Frente de Liberación Homosexual considera llegado el momento histórico de proponer y comenzar a realizar una revolución que, simultáneamente con las bases económicas y políticas del sistema, liquide sus bases ideológicas sexistas, teniendo en cuenta que, de lo contrario, el sistema de opresión se

Los campos de deporte y los vestuarios siguen siendo lugares en donde lo mixto es impensable, es en esos espacios donde se encuentra el más puro machismo sin equivalente real en la vida diaria.

El ideal masculino

El ideal masculino, modelo aun vigente, apenas si ha cambiado a través de los siglos.

A pesar de que los hombres tienen las mismas necesidades afectivas que las mujeres, el estereotipo masculino les exige ciertos sacrificios y la mutilación de una parte de su humanidad. Puesto que un hombre, un verdadero hombre, es aquel en el que no hay nada de femenino, la exigencia es que renuncie a toda una parte de sí mismo.

El macho verdadero es una persona importante. La exigencia de superioridad. La masculinidad se mide según el éxito, el poder y la admiración que se despierte en los demás.

La impasibilidad masculina: no mostrar nunca emoción o apego, signos de debilidad femenina.

La masculinidad insiste en la obligación de ser mas fuerte que los demás, haciendo uso de la fuerza física si es necesario. El hombre debe mostrarse audaz e incluso agresivo, demostrar que está dispuesto a correr todos los riesgos, aunque la razón y el miedo le sugieran lo contrario.

Este hombre, es el super-macho que desde hace tiempo ha hecho soñar a los varones de nuestra sociedad.

Paradójicamente, el ideal masculino resulta inaccesible en su totalidad para la mayoría de los hombres: demasiado duro, demasiado impositivo. A pesar de estar enfrentados a un modelo que se les sale de las manos, lo que origina cierta tensión entre el ideal colectivo y la vida real, el mito de la masculinidad subsiste gracias a la complicidad de los mismos a quienes oprime. Esta complicidad, aparte de las satisfacciones fantasiosas que ofrecen, el ideal masculino que intentan encarnar establece la superioridad de los hombres y su ascendiente sobre las mujeres.

El mandato: Ser todo un hombre

¿Qué es el hombre? ¿Existe la esencia del macho humano? Se ha aceptado espontáneamente la idea de un universal y eterno masculino.

Ante la dificultad de aceptar una realidad inconstante, se ha preferido creer que la masculinidad es un principio universal y permanente, que está por encima del tiempo, el espacio y las edades de la vida. La misma naturaleza pareciera sugerirnos ese principio al exhibir la diferencia entre los sexos. Apenas nace un niño, se le asigna un sexo. Y si existe alguna duda, el visturí se encarga de resolver el supuesto problema que plantea la ambigüedad anatómica. Pero ¿Quién determinará lo natural?

¿Quién determinará lo masculino? ¿Quién determinará el criterio normativo?

Aquellas evidencias a las que tan a menudo se recurre no logran zanjar la discusión.

El lenguaje cotidiano refleja nuestras dudas, nuestra inquietud incluso, al referirse a la masculinidad como un objetivo, como un deber ser. Ser hombre es una expresión que se usa más en imperativo que en indicativo. La orden tantas veces oída, de “Sé un hombre”, implica que no es algo que se de por sentado y que la virilidad puede no ser tan natural como se pretende. Y significa, además, que el hecho de detentar un cromosoma «Y» u órganos sexuales masculinos no basta para circunscribir al macho socialmente pretendido. Ser hombre implica un trabajo, un esfuerzo, un objetivo a alcanzar. Desde el momento en que se le exige al hombre pruebas de virilidad es porque ni él mismo ni los que lo rodean están convencidos de su identidad sexual, demostrar ser un hombre es el reto permanente al que se enfrenta cualquier ser humano de género masculino.

La confusión se hace aún mayor cuando se habla de un verdadero hombre para referirse al hombre viril. ¿Resulta entonces que hay seres humanos que son hombres sólo en apariencia, que en realidad son falsos hombres? Los hombres crean distinciones entre ellos agregando la etiqueta de calidad “verdadero” y se interrogan para saber si merecen esa calificación. Deberes, demostraciones o pruebas muestran que para llegar a ser un hombre es necesario emprender toda una tarea. La virilidad no es algo dado, debe construirse, “fabricarse”.

encuentra en la familia: será el padre opresor si es macho, o la madre sumisa si es hembra. La figura autoritaria del padre es reproducida luego en la figura del policía, del patrón, del Estado, sostenedoras del sistema ante las que los individuos se inclinarán como ante el padre.

Así, el esquema de dominación es traspasado fielmente al individuo a través de la está predestinado. El hijo de burgueses es educado para mandar al proletariado y para obedecer a su vez a sus superiores jerárquicos. El hijo del proletario es educado para ser obrero, o sea, para obedecer al patrón—o eventualmente para intentar ser a su vez patrón— .

La dominación de la libido (la sexualidad) culmina con su reducción a determinadas partes del cuerpo, los genitales. En realidad, todo el cuerpo es capaz de aportar algo sexual, pero la sociedad de dominación necesita de la mayor cantidad de zonas del cuerpo posibles para adscribir las al trabajo. La genitalización está destinada a quitar al cuerpo su función de reproductor de placer para convertirlo en instrumento de reproducción alienada, dejando a la sexualidad sólo lo indispensable para la reproducción.

Es por eso que el sistema condena con especial severidad todas las formas de actividad sexual que no sean la introducción del pene en la vagina, llamándolas «perversiones», desviaciones patológicas, etc. Para encadenar el ser humano al trabajo alienado es necesario mutilarlo reduciendo su sexualidad a los genitales.

Debemos recordar que estos procesos se dan dentro de un marco socio-económico específico caracterizado por la explotación. Las clases dominantes realizan un manejo muy particular de un proceso universal inherente al ser humano como especie: el libre desarrollo de la energía sexual y sus fines. Las clases dominantes conforman y estatuyen el proceso de socialización en vistas a su objetivo, la producción enajenada, convirtiéndolo en un proceso de transformación de la energía sexual libre en trabajo alienado.

Este esquema sexual ha perdido su característica rigidez del siglo anterior, y ello no es casual. A medida que el capitalismo se desgasta, a causa de sus propias contradicciones internas, van revelándose sus bases de miseria económica y sexual. Pero en la medida en que estas necesidades de libertad no son integradas a un planteo revolucionario explícito, es el mismo sistema el único que les da respuesta, manteniendo las mismas bases de la opresión sexual pero brindando satisfacciones ilusorias o sustitutivas. Así, por ejemplo, como respuesta a estas exigencias, el sistema produce y apaña una floreciente industria de la pornografía, que transforma al sujeto en espectador de cuerpos y prácticas sociales mercantilizadas. ¿A quién beneficia la preservación de las pautas morales tradicionales? A las clases dominantes,

estructurada culturalmente para la satisfacción del varón, que detenta toda la iniciativa, y que posee el derecho legítimo a gozar. Esta dominación en el coito es en última instancia, en el terreno ideológico, la manifestación objetiva de la dominación de la mujer por el varón en la vida cotidiana. Así la mujer deviene un objeto de placer y de re-producción. Es necesario remarcar que el sistema le impone la obligación de realizar las tareas del hogar sin darle derecho a ninguna remuneración, lo cual desenmascara su verdadera situación: la esclavitud doméstica. La inserción de las mujeres al aparato productivo minó relativamente la autoridad del macho e inspiró exigencias a las mujeres. Sin embargo, las conquistas logradas por las mujeres no consiguieron alterar—hasta el momento—la esencia del sistema de dominación machista. De hecho, los varones siguen manejando los resortes básicos del proceso de producción, y continúan jugando el papel protagónico en el sexo. El núcleo de la opresión de la mujer, sigue, pues, intacto.

Esta pareja de dominación, en la que la nueva igualdad es un «bluff», se reproduce, tiene hijxs, y se forma para ello. Lxs hijxs son los objetos de la dominación paternal.

El padre, que controla los ingresos, posee concomitantemente el poder de emitir órdenes inapelables, abonado por la falaz ideología de que el/la niñx es un incapaz crónico sin poder ni derecho de elegir sus actos. Es un objeto de posesión de sus padres/madres, situación sancionada por el concepto jurídico de patria potestad. La sexualidad infantil está negada explícitamente por la ideología del sistema; en tanto que, sin embargo, ella existe objetivamente, esta negación funciona en la práctica como una mutilación. ¿Cómo es realmente la sexualidad infantil? La sexualidad infantil muestra la variedad de impulsos de todo tipo y objeto que conforman la libido humana, y en este sentido, es el rostro más auténtico de la vida.

Lo real es que en la sexualidad, en la multiplicidad y riqueza de sus potencialidades está inscripto el primer atisbo de libertad que encontramos en la naturaleza, y es este enorme caudal de energía potencial de la libido lo que debe ser desviado hacia la meta social del trabajo enajenado. La castración de la sexualidad tiene como objetivo introducir la dominación característica del sistema en la mente misma, en su intimidad,

a fin de «ablandar» al ser humano en campo fértil para la ideología del sistema y para el trabajo enajenado. Un ser humano que hace objeto de dominación a sus impulsos sexuales, no se extrañará de encontrar reprimidxs y dominadxs en el mundo social; un ser humano que hace objeto de dominación a sus impulsos sexuales, está preparadx para adoptar sin extrañeza el papel de dominador(a) y/o dominadx.

En el sistema de castas, los varones son educados en la dominación, y las mujeres en la sumisión. El individuo internaliza los mismos roles que

Caracterización del verdadero hombre

De cada hombre se espera todo esto o, cuando menos, lo suficiente como para ser reconocido como hombre que no elude un imaginario destino natural o divino pero de cualquier manera ineludible. Sin olvidar que las mujeres reciben el mandato cultural de formar en la intimidad afectiva y cotidiana de los espacios domésticos y escolares.

- Los hombres y las mujeres son sustancialmente diferentes, los hombres son superiores a las mujeres, y los «hombres de verdad» lo son también a cualquier hombre que no se apegue a las normas aceptadas como ineludibles de la masculinidad dominante.
- Cualquier actividad, actitud o conducta identificada como femenina, degrada a los hombres que las asuman.
- Los hombres no deben sentir (o dado el caso, expresar) emociones que tengan la más mínima semejanza con sensibilidades o vulnerabilidades identificadas como femeninas.
- La capacidad y el deseo de dominar a los demás y de triunfar en cualquier competencia, son rasgos esenciales e ineludibles de la identidad de todos los hombres.
- La dureza es uno de los rasgos masculinos de mayor valor.
- Ser el sostén de su familia es central en la vida de cada hombre, y constituye un privilegio exclusivo de ellos.
- La compañía masculina es preferible a la femenina, excepto en la relación sexual.
- Esta última es virtualmente la única vía masculina para acercarse a las mujeres, y permite tanto ejercer el poder como obtener placeres.
- La sexualidad de los «hombres de verdad» es un medio de demostrar la superioridad y el dominio sobre las mujeres y, al mismo tiempo, un recurso fundamental para competir con los demás hombres.
- En situaciones extremas, los hombres debemos matar a otros hombres o morir a manos de ellos, por lo que declinar hacerlo en caso necesario es cobarde y consecuentemente demuestra poca hombría y poca virilidad.
- Lo masculino es el eje central, el paradigma único de lo humano: los hombres somos la medida de todas las cosas.

- Todos los hombres debemos ser jefes, y el orden de las relaciones sociales debe responder al imperativo de que lo seamos al menos de una manera.
- A los hombres pertenecen de manera inalienable, el protagonismo social e histórico, la organización y el mando, la inteligencia, el poder público y la violencia, las capacidades normativas, las reglas del pensamiento así como las de la enseñanza y la moral, la creatividad y el dominio, la conducción de los demás y las decisiones sobre las vidas propias y ajenas, la creación y el manejo de las instituciones, la medicina y la relación con las deidades, la definición de los ideales y de los proyectos. En una palabra, la vida pública, lo importante, lo trascendente, lo prestigioso.

Estas concepciones fundamentan el machismo y la misoginia. También reflejan el profundo arraigo de las ideas básicas, tradicionales y pretendidamente incuestionables, en que cada ser humano se forma como sujeto de género (es decir, en que llega a ser mujer u hombre).

Cómplices del patriarcado

Texto redactado por miembros del Grupo de Hombres Contra la Violencia de Managua.

Taller de varones que se propone discutir la temática de género, cuestionando la masculinidad y las relaciones que de ella se desprenden.

¿Hay complicidad entre nosotros los hombres? ¿Complicidad de qué? ¿Y por qué?

La gran mayoría de los hombres somos cómplices del proyecto dominante de masculinidad aunque no logremos practicarlo totalmente, ya que a fin de cuentas todos los hombres nos «beneficiamos» del machismo de otros hombres.

Por ejemplo, cada vez que un hombre maltrata a una mujer, se reafirma el mensaje que los hombres tenemos poder sobre las mujeres. Así, muchos otros hombres individuales no necesitamos golpear a las mujeres porque basta con que unos lo hagan para que todas las mujeres «entiendan el mensaje»: los hombres tienen el permiso cultural de maltratar a las mujeres si sienten amenazado su poder.

y/o para dominar, y esto se realiza a través de específicos y poderosos mecanismos psicológicos, mecanismos que en último término acaban sosteniendo y perpetuando ese orden de la dominación. Lo importante es entonces discernir los vínculos existentes entre la estructura de la explotación (extracción de plusvalía) y la ideología cotidiana que envuelve cada uno de esos actos, por mínimos que sean, de los individuos. Pues (y esto es necesario recalcarlo una vez más), en tanto que el sentido, el propósito y el eje del sistema de dominación es asegurar la explotación de la fuerza de trabajo en beneficio de una clase, todos los actos de todos los individuos están dirigidos hacia ese fin supremo. Ningún área del comportamiento individual puede escapar a esta sobredeterminación, pues entonces el individuo quedaría libre para poner en tela de juicio el sistema de dominación. Es por ello que todos los actos privados y todos los actos comunales de todos los individuos resultan ser actos que cumplen una función política.

Todo ser humano enfrenta, desde su nacimiento, a un grupo primario: la familia. ¿Qué significa la familia? A un ser como el humano, cuyo período de aprendizaje (infancia) es el más prolongado de la escala biológica, le es necesaria una agencia social específicamente encargada de orientarlo, ayudarlo y mantenerlo en ese proceso.

Esto significa que la familia es una fábrica de seres humanos sociales. Ahora bien, en la medida en que un grupo social basado en la explotación necesita gente pre adaptada para entrar en el proceso de producción alienada, la familia, sustentadora, debe convertirse en una agencia de-formadora. Se trata de una microsociedad que reproduce en almáxico el sistema que la nutre. La gastada afirmación de que «la familia es la base de la sociedad» adquiere plena validez: lo es porque reproduce todas sus características y porque es la agencia de producción de seres humanos condicionados al sistema. En la familia standard hay un detentar del poder, el macho, que, en la medida en que maneja el poder económico en la familia y el poder político en la sociedad, maneja por derecho propio el sistema de relaciones familiares y su extensión, las relaciones sociales. El objeto de su dominación es, en primer lugar, la mujer; y en segundo lugar, los hijos, que son el producto-mercancía de la fábrica familiar. El sentido último de la familia es producir seres que reemplacen a sus progenitores en sus tareas, inculcándoles antes los mecanismos de la dominación para que las realicen sin protesta. De tal manera se verifica y asegura en este nivel, al igual que en las demás escalas de la vida social, la dicotomía opresores/oprimidos.

Esta dominación no es sólo una cuestión teórica abstracta, sino que, como dijimos, preside todos los actos cotidianos. Se revela en esencia en el poder sexual del macho sobre la hembra en el coito. El coito deviene una institución

ANEXO

Sexo y revolución; por el Frente de Liberación Homosexual argentino (1973 – 1974)

El 1° de Noviembre de 1968, en Argentina, durante la dictadura militar de Onganía (1966-1973), en una casa de inmigrantes de un suburbio de Buenos Aires, un grupo de homosexuales trabajadorxs y de clase media baja, en su mayoría de extracción gremial, expulsadxs de sus partidos por ser homosexuales, forman Nuestro Mundo, el primer grupo homosexual sexopolítico de América del Sur, que trabaja en la clandestinidad.

En Agosto de 1971, Nuestro Mundo se relaciona con intelectuales de clase media y, manteniendo su autonomía, dan origen al Frente de Liberación Homosexual (FLH). En 1972, se derrumba la dictadura en Argentina y es el momento de apogeo y esplendor del Frente (FLH), el cual saca su primer Boletín. Participan en el Frente diez grupos autónomos, incluyendo varios de ciudades del interior de Argentina. Dichos grupos son: Nuestro Mundo (sindicalista), Safo (de lesbianas), Eros (de universitarios), Bandera Negra (anarquista), Emanuelle, así como profesionales y católicos homosexuales argentinos. En 1973, con el retorno de la democracia en Argentina, se publica y difunde el escrito Sexo y Revolución, generando un gran debate en los grupos y en la izquierda. Asimismo, se publica Somos, órgano oficial del FLH y primera revista homosexual de América Latina, de la cual se logran producir ocho ejemplares, el último en enero de 1976, dos meses antes del golpe de estado y de la nueva dictadura militar (1976-1983). A partir de entonces, la dictadura secuestra, desaparece y asesina a miles de argentinxs, entre ellxs a militantes homosexuales, aniquilando de esta forma toda posibilidad de continuidad del movimiento.

Debemos comenzar preguntándonos qué factores inherentes al ser humano como especie crean, mantienen y perpetúan el origen de la dominación. Porque si no tuviéramos en claro esos factores, nos resultaría imposible explicar por qué los seres humanos aceptan e incluso defienden la opresión a la que se los somete, que les quita desde su salud física hasta su libertad.

Siendo la característica del sistema de producción capitalista la producción para el beneficio de una clase dominante, es interés de esa clase el establecimiento lapidario de la dominación sobre el resto de los seres humanos. De este modo, lxs individuos son moldeados para ser dominadxs

La complicidad masculina puede que sea una de las pocas formas que aprendimos para establecer intimidad y camaradería entre nosotros. Desde la complicidad nos sentimos seguros de ser aceptados por los demás hombres. Romper con la complicidad puede poner en riesgo la amistad con los otros varones. ¿Qué creen ustedes que le puede pasar a un hombre si critica a sus amistades por desnudar en palabras el cuerpo de la mujer que pasa por la calle?

Al ser cómplices no nos ponemos en la línea frontal del machismo. Otros hacen el trabajo sucio; otros son los malos de la película aunque todos saquemos ventaja.

Genitalidad masculina, la insignificancia hecha Magnificencia

Los testículos, los huevos, las bolas. El atributo masculino por excelencia, portadores del valor, aquello que nos hace actuar como hombre, ser hombre, no llorar como mujercita, no ser un maricón. Pero adicionalmente, los testículos como símbolo han marcado una larga historia de opresión y discriminación sobre la idea de que tenerlos hace la diferencia y marca la superioridad milenaria de los hombres sobre las mujeres.

Paradójicamente, los testículos castraron históricamente a los hombres, nos forzaron a ser muchas cosas que no éramos, nos pusieron la violencia como norma, la insensibilidad, las corazas absurdas, nos hicieron entender el sexo como una tarea de dominación y demolición, nos hicieron creer que el placer solo existía si era nuestro, a nuestro tiempo, a nuestro ritmo y a nuestro gusto.

Terminó por no tener ritmo, tiempo, ni gusto, por convertirse en una suerte de caza inmisericorde, por dejar de ser placer. El sexo es todavía en esa visión mezquina, un pene erecto y duro, y una penetración, todo concentrado en ese miembro tan pronto parado y orgulloso, y tan pronto flácido y derrotado.

Masculinidad y heterosexualidad obligada

Una de las características más evidentes de la masculinidad es la heterosexualidad.

¿Quién hace qué y con quién? La identidad masculina se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse, si es necesario, por la fuerza. La identidad femenina, al hecho de ser poseída, dócil, pasiva, sumisa. Es así como la “normalidad” e identidad sexual esta representada en el dominio del hombre sobre la mujer.

Bajo esta óptica la homosexualidad es inaceptable ya que implicaría que un hombre sea tomado, penetrado, dominado por otro hombre.

En el lenguaje corriente, homosexual no es el hombre que tiene relaciones sexuales con otro hombre sino el que asume un papel pasivo: homosexual es en realidad el marica, la loca... es una mujer, en últimas. Mientras que en su forma activa la homosexualidad puede ser considerada por el hombre como un medio para afirmar su poder, bajo su forma “pasiva” es un símbolo de decadencia.

La heterosexualidad es la prueba de la masculinidad. El “verdadero hombre” debe probar que no es un homosexual, que no aspira a desear a otros hombres ni a ser deseado por ellos. Es así como entre varones predomina la idea de que se es verdaderamente hombre si se prefiere a las mujeres. Para muchos, el solo hecho de no ser homosexual es ya garantía de masculinidad.

Hoy en día vemos en la heterosexualidad uno de los rasgos más sobresalientes de la identidad masculina, hasta el punto de considerarla como un hecho natural.

La mayoría de las sociedades patriarcales tienden a identificar masculinidad y heterosexualidad. En la medida en que se siga definiendo el género por la elección sexual, la masculinidad por oposición a la feminidad, es inevitable que la homofobia tanto como la misoginia, desempeñen un papel importante en el sentimiento de identidad masculina.

Heterosexualidad como norma; homofobia naturalizada

Tradicionalmente la masculinidad se ha definido por oposición; “por el hecho de evitar algo... mas que por el deseo de ser algo”. Ser hombre significa no ser femenino, no ser homosexual; no ser dócil, dependiente, sumiso; no ser afeminado en la apariencia física o en los modales; no tener relaciones sexuales o demasiado íntimas con otros hombres; no ser impotente con las mujeres.

La homofobia está tan arraigada en la masculinidad heterosexual que cumple un papel esencial: señalar al homosexual y mostrar al que es heterosexual. La función básica de la homofobia es la de reforzar la frágil heterosexualidad.

La identidad sexual que asume la mayoría de hombres responde a un guión socialmente determinado que exagera las conductas más asociadas con la masculinidad, entre las cuales destacan la indiferencia, la prepotencia, el falocentrismo, la obsesión por el orgasmo y también la multiplicidad de parejas.

Por lo general los escenarios donde se actúa el guión masculino, son el cuerpo y la vida de las mujeres.

No existe la llamada «esencia masculina», sino que se aprende a ser hombre como se aprende a ser mujer, y el aprendizaje forzado de la masculinidad en nuestras sociedades incluye el aprender a ser competitivo, violento, impositivo y homofóbico.